

LOS CAMINOS DE LA MODERNIDAD: COMPARANDO
A EUROPA Y ESTADOS UNIDOS CON AMÉRICA LATINA
*Paths of modernity: comparing Europe, the United States
and Latin America*

Fernando LÓPEZ-ALVES

Universidad de California, Santa Bárbara, Estados Unidos

✉ lopez-al@soc.ucsb.edu

BIBLID [1130-2887 (2011) 57, 51-77]

Fecha de recepción: 3 de junio del 2010

Fecha de aceptación y versión final: 26 de octubre del 2010

RESUMEN: Se ha argumentado que América Latina no contribuyó a la modernidad y la expansión de lo que la literatura ha llamado «el Occidente moderno». Sin embargo, en lugar de sólo imitar, reaccionar o ajustarse a los paradigmas de la modernidad (y de la globalización), la región elaboró y creó modernidad durante el siglo XIX e inicios del siglo XX. Esto puede observarse en dos procesos distintos pero relacionados entre sí: la formación del Estado-Nación y la conceptualización de la Nación. Aun cuando América Latina sí miró a Europa y a Estados Unidos (EE.UU.) como posibles modelos e incluso intentó emular algo de su modernidad, ningún país latinoamericano creyó seriamente que podría reproducir a Europa o a EE.UU. Más bien, en el contexto del poscolonialismo, la región fue pionera en algunos de los preceptos de modernidad. El resultado fue, como estas breves comparaciones con Europa y EE.UU. sugieren, un camino distinto a la modernidad que posteriormente, durante el siglo XX, se podía encontrar en otros lugares del sistema global.

Palabras clave: modernización, formación del Estado, globalización, nacionalismo, América Latina, Europa, Estados Unidos.

ABSTRACT: It is argued that Latin America contributed to modernity and the spread of what literature has called «the modern West». Rather than just imitating, reacting, or adjusting to the paradigms of modernity (and globalization), in the nineteenth century and early twentieth, the region elaborated and created modernity. This can be seen in two related but different processes: the formation of the Nation-State and the conceptualization of the Nation. While Latin America did, of course, look at Europe and the United States as possible models and attempted to emulate some

of their modernity, no Latin American country seriously believed that they could reproduce Europe or the United States. Rather, in the context of post-colonialism, the region pioneered some of the precepts of modernity. The result was, as these brief comparisons with Europe and the United States suggest, a different path to modernity that later, in the twentieth century, one could find elsewhere in the global system.

Key words: modernization, State formation, globalization, nationalism, Latin America, Europe, United States.

I. INTRODUCCIÓN: LA MODERNIDAD Y EL ESTADO-NACIÓN¹

La modernidad tiene una historia, tanto como proceso histórico cuanto como definición teórica. Obviamente, éste no ha sido un concepto estático. Si bien su definición ha evolucionado a lo largo del tiempo, varios indicadores han sido enumerados y permanecen actuales: el desarrollo de un sector industrial avanzando; la quiebra de economías campesinas; la expansión del trabajo remunerado; la urbanización; el ritmo del desarrollo económico; la capacidad de los países para generar ahorros y el surgimiento de formas de gobierno más abiertas y democráticas. La modernización también se asocia con la creación de una nueva cultura que ha enfatizado el individualismo, el quiebre de redes tradicionales y estructuras familiares extendidas, sin mencionar la aparición de una burguesía y una nueva clase política. La modernidad también implica la creación de arreglos institucionales modulares que pueden ser transferidos e importados de una región al sistema global.

Sin embargo, el pensamiento sobre la expansión de la modernidad y la globalización no ha cambiado sustancialmente. La literatura del siglo XVIII e inicios del siglo XIX ha descrito una causalidad que va desde un centro industrializado y más desarrollado a las «periferias». Lo mismo se ha dicho de «civilización», otro término confuso asociado con la expansión del Occidente moderno. Se puede argumentar, por ejemplo, que ya en el siglo XV, Fernando e Isabel, los Reyes Católicos de España, querían «civilizar» a las Indias y que las colonias se convirtieron a lo largo del tiempo en imitaciones de la modernidad del colonizador². Así, desarrollo, modernidad y civilización han sido concebidos como una transferencia de Europa Occidental y Norteamérica hacia el resto del mundo; desde los primeros modernizadores hasta los tardíos, desde lo industrial a lo menos industrial, de culturas superiores que fomentan el emprendimiento, la

1. La investigación que hizo posible este artículo proviene de una beca del Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (PICTO), Argentina, en conjunto con la Universidad Abierta Interamericana (UAI), también de Buenos Aires. Asimismo, el autor quiere agradecer especialmente el apoyo prestado por la Secretaría de Investigación de la UAI, a su equipo de colaboradores y los comentarios realizados por los evaluadores anónimos de *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales*. El artículo fue traducido del inglés al español por Amelia Brenes Barahona.

2. Para un mejor entendimiento y detalles de esta caracterización de las Indias por los reyes y primeros conquistadores, ver la contribución fundamental de H. THOMAS (2004).

innovación tecnológica y los logros económicos a otras que no y, por tanto, quedaron rezagadas. En este artículo se argumenta lo contrario.

La teoría de la dependencia vio a América Latina como una «paradoja estructural»: instituciones modernas (partidos políticos, sindicatos, sistemas de partidos y Estados-Nación) que han perdurado y funcionado con diferentes grados de autonomía en contextos menos desarrollados. Cardoso y Faletto (1979) formularon dicho argumento de manera comparativa y persuasiva. Dicha teoría no veía a América Latina como innovadora sino que, como otra literatura, le asignó el papel de imitador –y no de creador– de modernidad. La importación de modernidad hacía dependiente a América Latina, por lo que su influencia en el continente era ambigua: era económicamente beneficiosa, pero al mismo tiempo encajó a América Latina en una trampa de la cual no podía escaparse. Las formaciones institucionales modernas de América Latina reflejaban las de Europa y EE.UU. Tanto para la teoría de la modernización como para la teoría de la dependencia estas instituciones eran importaciones extrañas que germinaron en suelo poco propicio. Este artículo ofrece una corrección a esos argumentos. Desde el punto de vista del argumento aquí desarrollado, dos de las mayores contribuciones de América Latina a la modernidad fueron la relación que construyó entre «la Nación» y «el Estado», así como las características de la identidad nacional moderna. Al menos en estos dos aspectos, América Latina fue más creadora que imitadora.

Esto va en contra de la sabiduría establecida. En ella, el contacto con Europa –durante y después de la colonia– se convirtió en la principal variable independiente que explicó el desarrollo y la modernidad en América Latina. Se entendía que en todos sus aspectos, la región había adoptado mal los valores, cultura e instituciones europeas. También se ha argumentado muchas veces que el colonialismo hizo a la región incapaz de modernizarse y desarrollarse realmente. El desarrollo se confundió con modernización. Dado que el desarrollo de América Latina era pobre, su modernización también era una imitación andrajosa de los países centrales. Durante las dos guerras mundiales, la demanda de materias primas y alimentos hizo a la región más próspera, pero la caída de esos mercados desde mediados de la década de 1950 socavó este breve periodo de prosperidad. La deuda externa, un defecto de América Latina desde sus inicios, continuó aumentando después de mediados del siglo XX, por lo que la modernidad que había creado la prosperidad fue incapaz de salvar a América Latina de la pobreza y la dependencia. Si bien estos datos históricos son –en su mayoría– exactos, de alguna manera esconden el hecho de que, pese a una economía atrasada y serios problemas de desarrollo, América Latina ha logrado una modernización importante.

Desde una perspectiva marxista, se propuso un argumento similar sobre la pobreza de la modernidad latinoamericana. Entre otras cosas –y al igual que mucha de la literatura anterior– la izquierda latinoamericana percibió a América Latina como un subproducto de España, con su escaso desarrollo capitalista y tasas de acumulación. Mientras que Europa había pasado por la Revolución Industrial, América Latina no y, por tanto, se decía que la región había heredado el modo feudal de producción. Éste se había prolongado en el siglo XX. La lucha de clases se dio en el contexto de este «feudalismo prolongado» que prevaleció en la América Latina rural. Su modernidad estaba

estructuralmente obstaculizada desde su inicio. Marxistas influyentes, tales como Mariátegui (1952) en Perú o Puiggrós (1949) en Argentina, realizaron este argumento, generando todo un cuerpo de conocimiento que ganó una fuerte influencia. Mientras que el «material base» de los señores feudales se diferenciaba entre el viejo y el nuevo mundo –minas, haciendas y «encomiendas» caracterizaban al nuevo– la estructura económica y las relaciones de producción todavía podían ser llamadas feudales. España era feudal y sus colonias también lo debían ser. En estas últimas, el feudalismo no había desaparecido del todo³. Estas conclusiones dieron poco espacio para la originalidad e ignoraron la innovación cultural e institucional del contexto poscolonial.

Los argumentos sobre la globalización son, en muchos aspectos, similares a las viejas teorías sobre la modernización⁴. Por ejemplo, Amartya Sen ha descrito la controversia sobre la globalización de una manera que recuerda a los debates sobre la modernidad:

Aquellos que tienen un punto de vista optimista de la globalización, la ven como una maravillosa contribución de la civilización occidental al mundo... los grandes desarrollos se dieron en Europa: primero vino el Renacimiento, después la Ilustración y la Revolución Industrial, lo cual llevó a un aumento masivo en los estándares de vida en Occidente. Y ahora los grandes logros de Occidente se están expandiendo hacia el mundo... Desde una perspectiva opuesta, el dominio occidental –a veces visto como una continuación del imperialismo occidental– es la pieza del diablo... La celebración de varias identidades no occidentales, definidas como religión... región... o cultura pueden añadir carbón al fuego de la confrontación con Occidente (Sen, 2002, en línea).

Como también señala Sen, estos puntos de vista son, por supuesto, limitados a periodos y espacios históricos específicos. Si se va diez siglos hacia atrás se encuentran diferentes flujos activos de globalización. La dispersión fue de este a oeste; de China, India y Oriente Medio hacia Europa. Fue sólo después del siglo XI que emergió el paradigma actual. Aún al día de hoy continúa siendo válido. Sin embargo, América Latina introduce rectificaciones importantes en términos de su *timing*, líneas de causalidad y contextos.

El punto es que las teorías de la modernización y de la globalización, sin importar su inspiración, interpretaron a América Latina como una región que «reaccionó» y se «ajustó» a fuerzas que se originaban en otro lado. El segundo papel que la literatura ha asignado a América Latina es el de aquel que se resiste a la globalización. Eso hace una diferencia entre las teorías de la modernización y de la globalización. En la primera, América Latina era simplemente una mala imitación. En la segunda, la región encarna una resistencia heroica y sostenida a la influencia global. Defiende lo que es localmente cultural y «auténtico» contra lo extraño e intruso. Es la defensa de lo «nacional»

3. Para una muy buena crítica de estos argumentos, ver M. PEÑA (1970).

4. Para una discusión sobre América Latina como «globalizador» en lugar de actor pasivo en un mundo contemporáneo, ver la introducción y primer capítulo de la obra de F. LÓPEZ-ALVES y D. JOHNSON (2007).

contra la «cultura global». Esto no es solamente un argumento de la izquierda, sino que izquierdistas, liberales y conservadores por igual han alegado que la región lucha contra la globalización tanto desde arriba como desde abajo. Comúnmente se citan los ejemplos de Venezuela, Bolivia y Ecuador. Si bien estos alegatos no están completamente equivocados, son simplistas. Lo que se escapa a la mayoría de la literatura es que en ambas teorías –de la modernización y de la globalización– la región aún es vista, ya sea ajustándose, luchando o emulando modernidad y globalización.

II. LA CONTRIBUCIÓN DE AMÉRICA LATINA

América Latina ha contribuido en lo siguiente a la modernización:

1) Una redefinición de los modelos institucionales de Europa y Norteamérica relacionados con la conexión entre «el Estado» y «la Nación». Esta conexión particular ha sido usualmente pasada por alto, ya que la mayoría de la literatura se ha centrado en el Estado y no en el factor «Nación» de esta ecuación. En América Latina, el Estado hizo a la Nación y esta última fue el producto de un planeamiento consciente. En Europa, usualmente se encuentra el proceso opuesto de construcción de la Nación.

2) La implementación –desde el comienzo de la construcción del Estado-Nación– de lo que se podría llamar la fórmula «un Estado-una Nación». Los Estados-Nación latinoamericanos emergieron de un modelo que intentó adjuntar una Nación *in-the-making* a un Estado *in-the-making*. En otras palabras, los constructores de la Nación se suscribieron a la noción moderna de «una Nación para cada Estado y un Estado para cada Nación». Esto es, a diferencia de las experiencias europeas y asiáticas, cada Estado latinoamericano debía gobernar sobre una única Nación y no sobre muchas naciones. En este aspecto, América Latina siguió el modelo liberal moderno de construcción de la Nación que fue popular en el siglo XIX y más cercano a Europa. En otras palabras, siguiendo la expansión del nacionalismo moderno en Europa, América Latina creyó que cada Nación soberana debería ser representada por su propio Estado. ¿Qué significaba esta fórmula? Que una comunidad nacional debía tener una serie de instituciones llamadas «Estado» y que éstas debían teóricamente representar sus intereses, de manera que una conexión fuerte e íntima fusionaría a la Nación con el Estado. Por su parte, el Estado crearía su propia Nación para tener una circunscripción que pudiera vincular fuertemente las instituciones al Estado y su poder político central. La identidad nacional –la identificación emocional e intelectual que los miembros sentirían hacia una comunidad nacional particular– también los uniría a las instituciones del gobierno. Sin duda, en las nuevas Repúblicas se requería un nuevo sentido de legitimidad para ejercitar el poder. La creación de una Nación servía a este propósito. En esta concepción moderna, el gobierno representaba a «la Nación» y esta Nación particular se suponía que debía ver al gobierno como representativo de sus intereses particulares. En otras palabras, el Estado actuaría como un protector de lo que es «nuestro» contra lo que es «extranjero»: un protector de la Nación.

3) Una concepción innovadora de la comunidad nacional que intentó unir miembros y crear identidad nacional al homogenizar poblaciones y crear unidad desde arriba.

Los Estados no solamente definieron a la Nación al enfatizar un pasado común: tradiciones españolas, batallas gloriosas y héroes de la independencia. Si bien todos esos elementos fueron utilizados, las élites en el poder se apoyaron fuertemente en el «futuro de la Nación» y no tanto en su pasado, para la definición de ésta. El futuro de la Nación se convirtió –mucho más que en Europa– en uno de los factores más importantes en la imaginación y conceptualización de la comunidad nacional.

La modernidad también trata sobre la creación y evolución de imaginarios y esto conecta con la construcción de la Nación en América Latina. Esta región representa una de esas intersecciones especiales de lo poscolonial, en las cuales las imágenes de poder conectadas tanto a lo global como a lo local se conocieron y en donde el pensamiento límite filtró diferentes imaginarios de modernidad. Estas imágenes de modernidad estaban fuertemente conectadas a ideas sobre la deseada «comunidad nacional». También eran parte de un debate sobre cómo unir individuos y personas bajo la misma «Nación» y sobre cómo crear vínculos entre gobiernos y ciudadanos. Lo que aquí se quiere enfatizar es que, desde la década de 1810 hasta inicios de la década de 1900, las conceptualizaciones de la Nación y su futuro se convirtieron, entre otras cosas, en bloques cruciales en la construcción del Estado-Nación.

La construcción de instituciones republicanas también fue un rasgo distintivo de América Latina. Estas innovaciones establecieron precedentes que posteriormente se adoptaron en otras regiones del mundo. El Estado-Nación fue estructurado bajo los lineamientos del republicanismo, que fue rápidamente adoptado por la mayoría de la región. Sólo después de la Primera Guerra Mundial este modelo se hizo dominante en Europa. Sólo a mediados del siglo XX esta pauta fue dominante en el *nation building* en Asia Central y África. En ese momento, los Estados poscoloniales también luchaban para integrar diferentes etnias, rivalidades tribales y religiones en una versión moderna y unificada de la Nación y el Estado. El punto no es si ésta es la mejor opción institucional o no, o si la modernidad es mejor como modelo. Lo que resulta importante es que América Latina fue pionera en las instituciones modernas del Estado y en el concepto de identidad nacional que posteriormente fue adoptado en otros lados.

Finalmente, la modernidad latinoamericana incluyó puntos de vista y culturas subalternas, al igual que racismo, violencia y dualismo⁵. La historiografía tradicional ha enfatizado correctamente la importancia de las posibles opciones que tuvieron las nuevas élites en el poder después de la independencia.

Hispanoamérica miró a sí misma y recuperó el modelo político hispano-criollo, de raíz medieval e igualitaria. Miró a Inglaterra y a Francia, cuyos regímenes políticos derivaban de sendas revoluciones... Y miró a Estados Unidos, el único caso en el que el movimiento democrático y republicano se había dado junto con un movimiento emancipador (Romeo, 2001: 107).

5. Para un argumento sobre la importancia de puntos de vista subalternos y la necesidad de incluirlos en los estudios del Estado latinoamericano, ver F. MALLON en J. DUNKERLEY (2002: 13-54).

A pesar de estas opciones, hacia finales del siglo XIX, la mayor parte de la región había optado por el gobierno republicano y aceptó, paulatinamente y de manera decidida, la competencia de partidos políticos y elecciones, acercándose más al moderno modelo norteamericano que a cualquier otro. Si bien Venezuela no optó por esto en un inicio, después de la caída de Juan Vicente Gómez, evolucionó hacia la política electoral y hacia un diseño moderno del Estado.

Los constructores del Estado también adoptaron una noción moderna de legitimidad que fue diferente de la experiencia europea. Obviamente, las naciones latinoamericanas fueron concebidas y construidas en un cruce poscolonial de culturas, influencias globales, pensamiento moderno liberal y antecedentes coloniales de dependencia, resistencia y negociación. Las imágenes y las conceptualizaciones de «la Nación» estaban destinadas a incorporar pedazos y piezas de todo este proceso y del imaginario de las comunidades indígenas, africanas e inmigrantes. Mientras que la mayoría de la literatura recuerda que nociones subalternas de la Nación sobrevivieron al margen de las definiciones «oficiales» promovidas por el Estado, mucho de lo subalterno sí fue incorporado en las conceptualizaciones e imaginarios oficiales de la Nación. Se intentó excluir en su totalidad a los grupos indeseables pero se fracasó; al final, aquellos excluidos lograron impregnar algo de su imaginario de modernidad y puntos de vista sobre la Nación a las definiciones «oficiales» de la comunidad nacional promovida por el Estado.

III. NACIONES EUROPEAS Y NACIONES LATINOAMERICANAS

Es útil tener una visión general comparada de América Latina y Europa para poner de relieve la modernidad latinoamericana. El siglo XIX fue una época de cambio intenso y las personas de la época apenas podían ajustarse a él. Hacía ya rato que se había iniciado un movimiento hacia estructuras sociales más abiertas y menos aristocráticas, pero, a mediados de ese siglo, dicho movimiento tomó pasos radicales hacia esa dirección. Como escribió Balzac en la década de 1840, refiriéndose a Francia: «Un hombre acostumbrado a modales imperiales no puede no saber nada... de las conversaciones sobre amor moderno, de los nuevos escrúpulos de moda y de los distintos modos de conversación, inventados desde 1830» (Balzac, 1965: 104). Como Hobsbawm (1989) ha mencionado, los políticos profesionales eran parte de la novedad. En ambos lados del Atlántico, la última década del siglo XIX consolidó una clase política profesional que sustituyó la participación directa de las élites económicas en el gobierno. El gobierno empezó a consistir en instituciones y políticos de carrera, en lugar de monarcas, electores o zares. Balzac, nuevamente, enfatiza este punto: «Claude Vignon, al igual que muchos, se había convertido en “un político” – una palabra recién inventada para describir a un hombre ambicioso en las etapas iniciales de su carrera... Ningún salón podría estar completo sin su político» (Balzac, 1965: 228). Por tanto, el ciudadano individual ganó espacio como el centro de la política y la sociedad. Desde la década de 1820, este proceso fue también bastante obvio en América Latina.

Pese a estos cambios radicales, la mayoría de las élites europeas fueron capaces de resistir la adopción del gobierno republicano y el poder del hombre y mujer común. Los Estados eran más fuertes, las tradiciones enraizadas y las instituciones funcionales. Para las élites latinoamericanas –forzadas a crear Repúblicas nuevas desde cero en medio de guerras y gobiernos inestables– fue más difícil buscar la legitimidad de un «pasado glorioso». Aferrarse a las formas de gobierno monárquicas, centralizadoras o aristocráticas no era una posibilidad. La independencia había hecho el regreso a la colonia imposible; mucho menos la implantación de alguna suerte de gobierno monárquico. La fuerte influencia del liberalismo en América Latina es un buen ejemplo. Mientras que éste tenía la mayoría de sus raíces en Europa, fue en América donde se extendió y adoptó más rápidamente. Sin embargo, el tipo de liberalismo que se convirtió en el modelo aceptado para la mayoría de América era limitado en su alcance, corrupto en su práctica y racista y discriminador en sus políticas.

América Latina también adoptó formas de gobierno autoritarias y caudillistas. Sin embargo, el modelo liberal y republicano fue el dominante. México, por supuesto, debatió la posibilidad de un regreso a la monarquía y controversias similares pueden encontrarse en otros países de la región. Aun así, poco después de la independencia, la mayoría de los países adoptó regímenes republicanos y constitucionales. De alguna manera, el argumento de Francis Fukuyama sobre el «fin de la historia» puede aplicarse aquí. La mayoría de las élites gobernantes consideraba que el gobierno republicano y algún tipo de sistema político participativo eran la única alternativa disponible. Si bien existieron facciones procoloniales y monárquicas, los imaginarios de ambos lados del Atlántico fueron muy distintos.

Las nuevas élites gobernantes de América Latina afirmaron ejercer el poder en nombre del cambio y la novedad, y no en nombre de un pasado glorioso. Los constructores de la Nación, los intelectuales y las clases medias emergentes vieron a España y su herencia como inadecuadas. Claramente existían precedentes indígenas honorables. Sin embargo, cuando el general San Martín argumentó que quizás lo mejor era rescatar una tradición de gobierno latinoamericano (a diferencia de tomarla prestada de Europa) y por tanto elegir un Emperador Inca como el gobernante supremo, su propuesta provocó rechazo total⁶. El gobierno monárquico ya era visto con suficiente sospecha. Además, los europeos aún eran considerados como una «raza» superior en el contexto poscolonial. Por tanto, la adopción de una dinastía Inca como fuente de legitimidad, en lugar de moderno, se veía como algo completamente inaceptable y retrógrado.

Europa necesitaba negociar instituciones de gobierno largamente arraigadas para poder adoptar el modelo liberal y construir instituciones republicanas. América Latina no necesitó hacer esto. Los Estados europeos, que buscaban legitimidad y la centralización del poder, podían mirar hacia las gloriosas tradiciones de gobierno, las leyendas doradas de reyes y reinas, así como la derrota de archienemigos. América Latina no podía hacer esto. Antes de que el siglo terminara, en la región ya había acuerdos sobre

6. Muy probablemente, ésa era la intención de San Martín, dado que su objetivo era promover el gobierno republicano sobre cualquier otra forma de gobierno.

la consolidación del gobierno republicano y alguna forma de sistema electoral. En Europa, la mayoría de las personas aún vivían bajo algún tipo de gobierno monárquico, imperial o eclesiástico. Esto permanecería así hasta el fin de la Primera Guerra Mundial. Por tanto, había una gran diferencia en las opciones disponibles. Emergieron dos tipos de modernidad, ambas convulsa e imperfectamente si se contrastaban con la idea filosófica liberal y las definiciones contemporáneas de modernidad. Sin embargo, a diferencia de lo que la extensa literatura ha argumentado, ambas contribuyeron a la consolidación de lo que se ha denominado el Occidente moderno⁷.

Los Estados latinoamericanos eran –según estándares europeos– débiles. Sin embargo, dicha debilidad no hizo que sus agendas fuesen menos modernas. Un buen ejemplo es su uso del patriotismo y el nacionalismo. Estados premodernos (por ejemplo, el Estado Isabelino) insistían en «consolidar el sentimiento patriótico (en lugar de) consensos sobre el carácter nacional»... (Mandler, 2006: 14-15). De hecho, desde finales del siglo XVII, los Estados europeos recurrieron a todos los medios disponibles para inculcar un fuerte patriotismo y nacionalismo, haciendo guerras «patrióticas» entre ellos mismos⁸. En la América Latina del siglo XIX se encuentra algo cualitativamente distinto y más moderno. Como Europa, los Estados mostraron desde el inicio interés en alentar el patriotismo y el nacionalismo, pero también se preocuparon de las características culturales y físicas de la «comunidad nacional». Ningún Estado en Europa planeó dar forma a sus comunidades nacionales tanto como lo hicieron los latinoamericanos. Su objetivo era la homogeneización de la comunidad nacional y la construcción de identidad al eliminar nociones alternativas de «la Nación».

En efecto, desde el inicio, los Estados promovieron imaginarios de la Nación como una deseada comunidad homogénea donde todos los miembros serían parte de esa Nación homogénea. Esto no pudo ser alcanzado en la práctica pese a los desplazamientos, las matanzas y la discriminación que caracterizaban a la construcción de las naciones. Sin embargo, se convirtió en una fórmula aceptada que está asociada con la modernidad y, en el lenguaje de la época, con la «civilización». Esta única Nación fue teóricamente retratada como muy cercana al Estado bajo la fórmula de *one nation-one state*. En Europa, esta fórmula no prosperó. De hecho, los «Estados nacionales» de Europa (en lugar de Estados-Nación) eran Estados que gobernaban sobre muchas naciones que retuvieron su identidad, pese a que vivían bajo las mismas instituciones (Estado) y gobierno.

La inserción de «naciones» en el sistema moderno global emergió como un tema central y uno de los propósitos de la modernidad, pero fue diferente a ambos lados del Atlántico. La construcción de Estados-Nación fue el objetivo principal en América Latina: Estados que gobernaban sobre una única Nación. Sin embargo, en Europa se

7. Ver, por ejemplo, S. HUNTINGTON (1968). Asimismo, ver la conocida obra de D. LANDIS (1999).

8. El patriotismo y el nacionalismo son básicamente entendidos como sentimientos e ideología conectados con la defensa de lo que es «nuestro» contra lo que es «extranjero». En contraste, la mayoría de la literatura entiende a la «Nación» como una comunidad unida por sentimientos de solidaridad horizontal y una identificación compartida con «lo nacional», como sea que se defina.

construyeron Estados-Nación suficientemente fuertes para gobernar sobre muchas naciones. En Asia, Oriente Medio y Europa, las «naciones» en el sentido tradicional de la palabra habían estado caracterizadas por historias largas y ricas. Mucho antes del modernizador siglo XVI, ellas constituyeron una sólida parte del paisaje europeo. Por tanto, eran vistas como actores permanentes e indispensables en la política europea. Muchas de estas naciones vivieron, durante siglos, bajo el gobierno del mismo Estado; por ejemplo, imperios, protectorados o reinos. De este modo, los Estados europeos más fuertes absorbieron a estas comunidades dentro de su poder jurisdiccional y político tal como existían, esto es, como naciones autodefinidas y unidas por la etnicidad, el idioma, la cultura o la religión. Fuera de Europa, el imperio otomano también siguió una estrategia similar.

Por tanto, Europa y América Latina eran parte de una expansión de modernidad liderada por el oeste. En la práctica, América Latina no intentó ser una copia al carbón de los procesos que se estaban dando en Europa. Ninguna de las Repúblicas latinoamericanas pensó seriamente en reproducir modelos europeos de Nación o de Estado. Europa fue mencionada, soñada, imaginada, fantaseada y muchas veces alabada, pero existía una conciencia sólida de que no podía ser realmente «copiada». EE.UU. ofreció ejemplos útiles, tales como políticas de inmigración, desarrollo agrícola y reformas constitucionales, entre otros. Pero nadie realmente consideró que EE.UU. se podría reproducir en el Sur.

El imaginario de «civilización» y modernidad en América Latina tuvo, por supuesto, tensiones poscoloniales. Eso significó que la mayor parte de Europa fue percibida como mejor y más moderna. Sin embargo, al mismo tiempo, Europa también representaba al gobierno monárquico, al colonialismo y a las instituciones arcaicas. Por tanto, pese a todos sus elogios hacia Europa, la mayor parte de América Latina creó representaciones del Viejo Mundo como un lugar que se resistía a la modernidad y a la democracia. Estas imágenes se instalaron rápidamente en el imaginario popular. En un contexto poscolonial, las novedades sobre una renovada ambición colonial europea provocaron debates en la prensa latinoamericana y contribuyeron a diferenciar imaginarios de la Nación en ambos lados del Atlántico: uno, más nuevo y construido sobre liberalismo y republicanism; el otro, más viejo y modelado en el dominio monárquico y colonial. Por ejemplo, periódicos en Colombia, Montevideo, Buenos Aires, Santiago, Ciudad de México y Lima discutieron –en su mayoría irónicamente– el matrimonio en 1864 de Carlota⁹, la hermana del rey Leopoldo de Bélgica, y el archiduque Maximiliano, hermano del emperador austrohúngaro. Como es conocido, la pareja se convirtió, por deseo de Napoleón III de Francia, en emperadores de México. Si bien este nuevo experimento imperial en América Latina no duró (en 1867, Maximiliano fue asesinado en medio de revueltas), sí saltaron las alarmas¹⁰. ¿Vería nuevamente Europa a América Latina como una colonia potencial para ser explotada? El colonialismo tuvo un problema cuando en

9. Su nombre convenientemente cambiado de Charlotte a Carlota.

10. Ver Periódico *La Nación* (12 de diciembre de 1879: 12) de Buenos Aires; Periódico *La Prensa* (5 de marzo de 1880) de Buenos Aires; Periódico *El Día* (febrero y abril de 1880) de Montevideo.

1879 los zulúes masacraron a soldados británicos en Isandhlwana y cuando posteriormente una legación británica en Kabul enfrentó su exterminación. Sin embargo, en la perspectiva general, estas victorias parecían irrelevantes. Europa continuó involucrada en guerras coloniales en Asia y África. De hecho, el plan de un imperio estaba en el aire y una nueva era del colonialismo parecía estar en pie¹¹.

Por tanto, para los contemporáneos, los temas de «civilización» y «modernidad» eran complejos y ambivalentes. Europa parecía poderosa, pero su modernidad –pese a su fuerza militar y capacidad industrial– aparentaba para muchos contemporáneos ser menos liberal, con menos oportunidades para la mejoría social y con una población que estaba más controlada en sus aspiraciones.

En 1867, el cónsul español en Montevideo diferenció el turbulento Río de la Plata –y América Latina en general– de España y Europa de la siguiente manera:

La prensa aquí deprime el crédito de las monarquías, y particularmente la de España [...] la modernización avanza y [...] la población europea que [en Montevideo] excede la cifra de más de 300.000 almas en la que figuran más de 60.000 españoles [...] disfruta en general de una situación material desahogada y feliz que contribuye a la prosperidad de la Península [...] estos países se ven obligados a establecer principios más que democráticos, niveladores que alberguen al extranjero que [...] descontento con la condición de su patria viene a buscar a estas comarcas una suerte más feliz que encuentra fácilmente sea cual fuere su profesión [...] La confusión y desorden de los Gobiernos democráticos es simpática y hasta conveniente para las clases que, lanzadas del patrio suelo por las eventualidades de la vida, tienen interés [...] en no echar una mirada retrospectiva sobre un pasado poco lisonjero. Cualquiera haya sido la procedencia del extranjero que se presente en estos países y el lugar que oscurezca su nacimiento, o su conducta, puede [...] labrarse una suerte próspera y enlazarse con las hijas de los más altos funcionarios o de los más ricos banqueros. Las clases sencillas son las más numerosas y atribuyen las transformaciones de sus Estados a las instituciones democráticas... (Archivo de Asuntos Políticos de Uruguay, 1867: Legajo 2705).

La prosperidad y oportunidades que los inmigrantes encontraban en el Nuevo Mundo eran integradas en la definición de «la Nación». ¿Cómo se concebía la nueva «comunidad nacional»? Era una comunidad en donde la mayoría de las personas podían tener acceso a un futuro prometedor. Éste parecía más importante que el pasado. Como sugería el cónsul, el propósito de definir a la Nación en términos de su futuro prometedor era capturar el apoyo de una población muy heterogénea. Los extranjeros a veces eran

11. La noticia de que la reina Victoria se autoproclamó emperatriz de la India en 1877 provocó tanto preocupación como debates en la prensa latinoamericana. Si bien muchos en América Latina vieron esto como un «brazo» de la civilización, otros –en lenguaje nacionalista– lamentaron esta violación de soberanía. En la década de 1870 –una década crucial para la construcción de la Nación en América Latina– Rusia, otro gigante, declaró la guerra a Turquía y procedió a invadir Rumania y Bulgaria, haciendo irrelevante la recién expandida noción de soberanía nacional.

considerados «naciones» dentro de una Nación. Un gran número de ellos mantuvo su lealtad hacia sus lugares de origen. Adicionalmente, estaban las «naciones» e identidades que habían precedido a la Conquista y que habían sido diezmadas por el Imperio español, pero que, pese a todo ello, habían sobrevivido parcialmente. Así, la idea era mezclar a todos estos grupos en «una Nación».

Los Estados también desearon amalgamar a todos los extranjeros en una sola Nación y consolidar su lealtad al Estado por la expansión y crecimiento del nacionalismo europeo. Ese nacionalismo afectó a Europa y a América Latina de maneras distintas, contribuyendo a ideas diferentes sobre la Nación y la modernidad. A ambos lados del Atlántico, el nacionalismo (la defensa de la Nación y de lo nacional) era percibido como un problema creciente. En Europa, se entendía como una amenaza que llevaba a la guerra. El nacionalismo nacido en el Nuevo Mundo era alentado. Lo que preocupaba a las élites latinoamericanas era, más bien, la expansión del nacionalismo europeo entre los inmigrantes que residían en América Latina. Especialmente en países como Argentina y Uruguay –con ciudades capitales como Buenos Aires y Montevideo, que poseían una población europea muy grande– el nacionalismo radical parecía disminuir la lealtad de las masas urbanas al Estado nacional. Otros países compartían preocupaciones similares. Los gobiernos se interesaban en que los inmigrantes provenientes de Italia, España, Polonia o de Oriente Medio (Siria, Armenia o Turquía) quisieran seguir siendo italianos, españoles, polacos, sirios, armenios o turcos, en lugar de adoptar la nacionalidad argentina, chilena, costarricense o uruguaya. Así, grandes contingentes de inmigrantes mantuvieron su alianza con sus países de origen¹². El resultado fue que los gobiernos alentaron la naturalización y, por tanto, una concepción moderna y cosmopolita de la membresía a la Nación conectó con la emancipación y derechos ciudadanos que, en Europa (con la excepción de Francia), tomó un largo tiempo en ser aceptado.

Durante el siglo XIX e inicios del XX, otra medida de modernidad y «civilización» era «el tamaño» de las naciones. En Europa se argumentaba que naciones pequeñas tenían mucho que ganar si se fundían en otras más grandes. Si había que tener naciones en el mundo (contrario a la deseada unidad global), era mejor que fuesen más grandes, fuertes y capaces de lograr un desarrollo económico por sí mismas. Las naciones multiétnicas y multirraciales eran inevitables. Si había que crear naciones grandes, éstas tenían que ser necesariamente heterogéneas. Europa, diversa y rica en nacionalidades, no tenía otra opción más que crear naciones multinacionales. De lo contrario, habría evolucionado hacia lo que se percibía como el irremediable «modelo de Nación pequeña»; esto es, un continente definido por naciones de lituanos, moldavos y vascos, entre otros.

En América Latina, el modelo de «Nación fuerte» también fue popular. Sin embargo, considerando la debilidad de los Estados en la región, este modelo fue mucho más difícil de obtener. Los Estados más débiles percibieron la heterogeneidad como una amenaza. Los constructores de la Nación pensaron que no podrían tolerar la diversidad,

12. Ver, por ejemplo, la excelente investigación realizada por L. BERTONI (2001) sobre las alianzas políticas de los inmigrantes en Argentina.

porque ésta podía amenazar la formación misma del Estado. Por tanto, buscaron una Nación unificada donde las identidades locales se debilitaron y las lealtades multiétnicas y raciales podían ser evitadas. La fuerza se percibía en un tipo deseado de homogeneidad y no de heterogeneidad. Sin embargo, similar a lo ocurrido en Europa, las naciones multiétnicas y multirraciales se convirtieron en una realidad.

Para finales del siglo, lord Acton argumentó que las naciones se volvían más fuertes cuando poseían diferentes centros de poder, representados por nacionalidades y culturas distintas:

Un Estado que es incompetente para satisfacer diferentes razas se condena a sí mismo; un Estado que trabaja por neutralizarlos, por absorberlos o por expulsarlos, destruye su propia vitalidad; un Estado que no los incluye está destituido de la base principal del autogobierno (Citado en Dahbour e Ishay, 1995: 117).

Su argumento no echó raíces en América Latina. El Estado-Nación latinoamericano comenzó a reconocer la diversidad lentamente y, para el siglo XX, lo percibió como algo que necesitaba ser integrado a una «cultural nacional» más grande y fuerte.

La definición de Benedict Anderson de la Nación como «camaradería horizontal», paradójicamente, no fue aplicable en América Latina, sino que la Nación fue orientada según la clase social y el estatus¹³. La raza permaneció como un tema sin resolver desde el inicio y, como en EE.UU., la gente de color no participó en la toma de decisiones, o bien, lo hizo con limitaciones sociales severas. Lo mismo se puede decir de Europa. Sin embargo, una diferencia clara entre el Viejo y el Nuevo Mundo fue que, en el último, aquellos que fueron privados del derecho al voto por raza o etnicidad componían a la mayoría de la población en lugar de una minoría de grupos «nacionales». Como se mencionó anteriormente, la otra diferencia de la construcción de la Nación fue que el Estado latinoamericano tuvo que incorporar a grandes números de europeos –y otros inmigrantes– que ocuparon espacios sociales y financieros centrales en las nuevas sociedades. Generaciones nuevas de criollos utilizaron al gobierno, la prensa, la academia y otros espacios para intentar dar forma a la conceptualización e imaginario de la nueva Nación, así como incorporar a los extranjeros a dicho imaginario. Sin embargo, muchas comunidades europeas o indígenas reaccionaron contra la definición del Estado de «la Nación».

Las naciones tratan sobre la incorporación de personas a un sistema político y social, así como el control y subordinación de la mayoría. Tanto el Viejo como el Nuevo Mundo se vieron confrontados con la tarea de «acomodar a las masas» en la política y crear una identidad que pudiese sostener conjuntamente a la población. La «Nación» liberal que las élites y los gobiernos intentaron construir fue diseñada, en parte, para mantener a raya a las masas. Sin embargo, las «masas» debieron ser finalmente integradas. América Latina fue, por decirlo de alguna manera, forzada a hacerlo bajo el canon

13. Se dice «paradójicamente» porque el argumento de B. ANDERSON estaba basado en evidencia empírica proveniente de América Latina. Ver B. ANDERSON (1983).

de códigos modernos de participación. Hayan sido o no respetados, el punto es que estas nociones se reflejaron en la elaboración de las constituciones y el derecho civil.

A finales de la década de 1920, Ortega y Gasset argumentó que la modernidad hacía al «pueblo» creer que era el soberano:

Al día de hoy, el ideal ha cambiado a realidad, no sólo en la legislación... pero en el corazón de cada individuo... Para mi mente, cualquier persona que no se dé cuenta de esta curiosa situación de las masas, no puede entender nada sobre lo que hoy está pasando en el mundo (Ortega y Gasset, 1932: 23).

Después de la Revolución francesa, la multitud fue percibida como el populacho violento y anárquico que se creía superior al derecho, la tradición y el orden. Sin embargo, en ambos continentes los progresistas y los liberales lo vieron de distinta forma: las masas representaban los ejércitos gloriosos del proletariado y de campesinos defendiendo la autodeterminación y el progreso. Así, la muchedumbre urbana parecía simbolizar tanto las manifestaciones peligrosas de la vida moderna como una fuente de promesa e inspiración. Éstas estuvieron presentes en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Colombia. Sin embargo, su *timing* y el vehículo institucional de incorporación (monarquías o repúblicas) separó a Europa de América Latina.

En sociedades nuevas y heterogéneas como América Latina –y como también sucedió en EE.UU. y Canadá– los gobiernos se vieron forzados a lidiar desde el inicio con las aspiraciones de «las masas». En Europa éste no fue el caso, pues las instituciones que ya existían las absorbieron, en su mayoría, en el *establishment*. Como en América Latina la construcción del Estado y la Nación se dio al mismo tiempo, los gobernantes tenían que lidiar con la «situación de las masas» –como fue descrito por Ortega– antes de que ocurriese una centralización efectiva del poder. Por tanto, la modernidad en América Latina estuvo caracterizada por Estados más débiles que no tuvieron otra opción que estar de acuerdo con un número de demandas desde abajo y de líderes regionales disidentes. Esto suena muy moderno, considerando que parte de la definición de modernidad es el tipo y momento en que las clases más bajas se incorporan a la política. En algunos momentos, el «caudillismo» produjo algunos resultados democráticos inesperados, porque limitó el poder del Estado y lo militar¹⁴. Esto estableció un patrón de desobediencia civil que divergió del de Europa y dibujó un retrato distinto de lo que significaban la Nación y la modernidad¹⁵.

En ambos lados del Atlántico, las élites y la emergente clase media compartieron una serie de preocupaciones. En Europa, muchos creían que la turba se estaba apoderando de la política de su tiempo¹⁶. Como hoy, muchos europeos creían que «la muchedumbre» y «las masas» estaban amenazando la cultura europea. En las nuevas Repúblicas, muchos también sintieron que los asediaban los indígenas, los mestizos,

14. Para una discusión a fondo sobre este punto, ver los capítulos 1 y 2 de F. LÓPEZ-ALVES (2000).

15. Ver F. LÓPEZ-ALVES (2000: 12-21).

16. Ver, por ejemplo, a G. MOSSE (1975: 4-6). Ver también a E. HOBSBAWM (1990: 56-60).

los ladinos y los africanos. Otros argumentaban que la influencia extranjera, encarnada en las comunidades crecientes de inmigrantes, socavaba la autenticidad de la cultura local. En Europa pueden encontrarse escenarios similares: por ejemplo, en Italia los campesinos más atrasados del sur amenazaban al norte más avanzado, provocando preocupaciones de secesión y revolución, especialmente porque el Estado italiano era débil¹⁷. Sin embargo, en la mayoría de Europa, los Estados modernos con ejércitos nacionales desarrollados podían absorber o reprimir la diversidad y disidencia más cómodamente que sus contrapartes latinoamericanas.

Finalmente, otra diferencia importante entre estos dos caminos de modernidad fue que los Estados-Nación latinoamericanos no eran lo suficientemente fuertes como para hacer la guerra con sus vecinos. Esto se ha dicho muchas veces¹⁸. Lo que se debe añadir es que, en términos de la conceptualización de la Nación y de la modernidad, los Estados-Nación eran descritos, percibidos e imaginados en formas distintas de aquellas en las que los europeos definían los suyos. Por ejemplo, el colonialismo y las imágenes del Estado colonial eran más fuertes en Europa y más débiles en América Latina. Al igual que Europa, muchas de las élites gobernantes de las antiguas colonias en Brasil, Argentina, Perú, Venezuela o México tenían la visión de alguna forma de expansión colonial. En sus propios ojos y también en la percepción de los europeos, esto elevaría el estatus de sus naciones. Sin embargo, en la práctica, la mayor parte de los Estados latinoamericanos permanecieron incapaces de expandirse mediante guerras y conquistas, forzados por decirlo de alguna forma a colapsar la disidencia retardadora en casa y, por tanto, recurrir al modelo moderno de *one state-one nation*. Como se ha observado, las fronteras geográficas que se establecieron entonces han durado hasta la actualidad. Lo que eso significó, entre otras cosas, fue que los Estados latinoamericanos no compartían la idea de que la modernidad llevaba al colonialismo; sí se unieron a la idea de que la modernidad defendía a los Estados-Nación más pequeños y soberanos.

IV. EL FUTURO DE LA NACIÓN

Enfatizar el futuro de la Nación como parte de su conceptualización ofrece una corrección a la ya existente (y abundante) literatura sobre identidad nacional, el Estado-Nación y la Nación¹⁹. Timothy Anna (1989: 5-20) sugiere correctamente que «la Nación» posee un componente institucional, pues no es sólo un producto de la imaginación o de la conceptualización que se haga. Muchos otros también llevan razón al decir que el nacionalismo es político, ideológico y cultural y puede alterar la manera en que

17. Ver J. BECKER (1994: 7).

18. Para un argumento comparativo sobre la debilidad del Estado en América Latina, ver M. CENTENO (2002) y F. LÓPEZ-ALVES (2000).

19. Por mencionar sólo algunos, ver la famosa conferencia de E. RENAN en G. ELEY y R. GRIGOR SUNY (1996: 41-55); L. GREENFELD (1992); E. HOBBSAWM en E. HOBBSAWM y T. RANGER (1983: 1-14); J. LUCKACS (2005); H. KOHN (1939: 1006); B. ANDERSON (1983 y 2005); P. MANDLER (2006); Y. TAMIR (1995 y 1993).

se piensa la Nación. Sin embargo, la conceptualización y definición de la Nación difiere del nacionalismo. Éste es, como Renan argumentó, el «amor de la Nación»; es decir, una ideología que defiende a la Nación. Pero no es la Nación *per se*. Para existir, la Nación debe ser de alguna manera conceptualizada, definida e imaginada independientemente del nacionalismo y del patriotismo.

La literatura ha enfatizado que la historia y experiencias del pasado colectivo son el elemento vinculante que crea un sentido de pertenencia y, por tanto, construye lo que Max Weber ha definido como «comunidad de sentimiento». Sin embargo, en América Latina, tanto la historia como el pasado controversial y los sentimientos de unidad eran débiles. En lugar de ello, las ideas sobre el «futuro de la Nación» parecían proveer una manera prometedora de crear identidad. Por supuesto que un sector de los intelectuales y de los políticos argumentaron que la Nación debía ser construida –entre otros– sobre victorias gloriosas y los padres fundadores. Pero el poder de estos argumentos fue limitado, en tanto ello no resonaba con la mayoría de los constructores de la Nación en el contexto de las herencias españolas e indígenas.

Benedict Anderson escribió que para mediados del siglo XIX, «un modelo de Estado-Nación independiente estaba disponible para piratear» y que ese modelo fue trabajado en América Latina (Anderson, 1983: 81). Esto es correcto. Sin embargo, este modelo incluyó más que una reinterpretación de la historia y la tradición. La «Nación» contenía un ingrediente igualmente importante: un imaginario de su futuro. A lo largo de la región, los gobernantes hablaban de un «proyecto nacional» o de un «proyecto de Nación»; las conceptualizaciones del futuro de la Nación estaban implícitas en estos «proyectos». Como ha sostenido Scott (1998), los Estados son –entre otras cosas– planificadores y esto involucra nociones específicas de temporalidad, tiempo y espacio. Su punto es válido: la ingeniería social y los sistemas de distribución de poder usualmente incluyen imágenes de cómo se vería la sociedad futura. El Estado «ve» al mundo de una manera particular (como Estado), creando una visión que obviamente incluye al futuro. Los Estados republicanos de América Latina ejercitaron esto fuertemente. Imaginaron el futuro de la comunidad nacional en diferentes formas según los contextos. Pero como un todo, el futuro de América Latina quedó como una parte de la definición de la Nación.

La etnicidad, la cultura y el lenguaje son factores conocidos que han contribuido a la identidad. Aquí se sugiere que en la vasta heterogeneidad de América Latina, ninguna de estas variables podría haber emergido como el pegamento necesario para construir su identidad. Sin embargo, el «futuro de la Nación» brindó una solución posible: todas las «razas», culturas y etnicidades –incluyendo a los inmigrantes– podían tener un sentimiento similar respecto de la promesa de un futuro que podía ser próspero. Aun así, en muchos casos, ese futuro incluía la eventual desaparición de etnicidades no deseadas debido al mestizaje o la importación de «razas» deseadas (Colombia, Perú, Argentina, Uruguay, Chile y Bolivia). Los constructores de la Nación pensaron en algunos momentos que podían fusionar diferentes etnicidades, identidades y culturas en una categoría social y racial unificadora (tal como lo hizo el Estado mexicano bajo la categoría de «mestizo»)²⁰.

20. La literatura sobre México ha atribuido la creación de la Nación a dicha alianza. Ver, entre otros, L. VILLORO (1983) y E. DE LA TORRE VILLAR (1982).

Como se verá en la siguiente sección, el futuro de la Nación latinoamericana incluyó una fuerte dosis de incertidumbre, en tanto carecía de un sentido de misión o destino. Esto es contraintuitivo porque se podría asumir que las ideas sobre el futuro deberían ser usadas para garantizar la estabilidad y alentar la membresía a la Nación. La incertidumbre parece animar lo opuesto. Si se define Nación como una comunidad de solidaridad horizontal, la incertidumbre disminuiría. Sin embargo, la Nación en América Latina fue concebida jerárquicamente y no como una comunidad de iguales²¹. Y mientras la mayoría de las élites manifestaban que el futuro era prometedor, también admitían que era incierto, una característica muy definitoria de los tiempos modernos.

V. OTROS FUTUROS Y OTRO CAMINO HACIA LA MODERNIDAD: EE.UU. Y AMÉRICA LATINA

En Argentina y Uruguay –y en menor medida en Colombia, Chile y Costa Rica– los inmigrantes participaron activamente en la definición e imaginario de la comunidad nacional. La mayoría de ellos también jugó un papel crucial en la imaginación de su futuro. En EE.UU. se encuentra un fenómeno similar, pese a que las grandes oleadas de inmigración que llegaron a inicios de la década de 1900²² –y que se establecieron mayoritariamente en ciudades– encontraron una cultura nacional mucho más definida. En la Primera República, tanto inmigrantes como nacionales creyeron en un futuro de oportunidades. La Nación, como dijeron explícitamente Jefferson, Adams y Lincoln, era una Nación lanzada hacia el futuro en lugar de hacia su pasado. Sin embargo, a diferencia de América Latina, dicho futuro en EE.UU. se asentaba más en claros principios morales que en la idea de desarrollo económico. La virtud –la fundación filosófica básica de las instituciones estadounidenses de gobierno– era, en teoría, lo que sostenía al futuro de la Nación. Por tanto, «el futuro de la Nación» se convirtió en toda América en un ingrediente crucial en la conceptualización e imaginación de la Nación. Pero en EE.UU. fue diferente a América Latina.

¿Cuáles son los mayores contrastes entre las nuevas repúblicas latinoamericanas y la Primera República? Éstos contribuyen a realizar un argumento diferente sobre la modernidad y a las lecciones que se han aprendido de las comparaciones entre Europa y América Latina. Estas tres (Europa, América Latina y EE.UU.) representan distintos caminos hacia la modernidad, en lugar de ser dos caminos hacia la modernidad (Europa y EE.UU.) y uno que permaneció premoderno (América Latina).

En América Latina, se puede encontrar una definición del futuro como *open ended*, esto es, con un final abierto, que está principalmente guiado por el desarrollo económico. En EE.UU. también se encuentra una definición de futuro como un final abierto y lleno de oportunidades, pero con un énfasis más fuerte en el destino manifiesto. La idea de un progreso casi ilimitado era común a ambos caminos de modernidad, pero basados en paradigmas distintos. Como lo definió Sidney Pollard, el progreso es «el

21. En este sentido, ver C. LOMNITZ (2001: 329-359) en M. Á. CENTENO y F. LÓPEZ-ALVES (2001).

22. Alrededor de 9 millones en ese periodo.

supuesto de que existe un patrón de cambio en la historia de la humanidad... que consiste en cambios irreversibles en una sola dirección y que esta dirección es hacia el perfeccionamiento» (Pollard, 1968: 9). El progreso material es una noción relativamente reciente de los últimos trescientos años, mientras que el progreso moral era una preocupación mucho más antigua.

El progreso material enmarcado por la ciencia, la industria y la inmigración «adecuada» estaba en las mentes de los constructores de las naciones latinoamericanas, mientras pensaban en una Nación que se proyectaba a sí misma hacia el futuro; el progreso moral le seguiría. En EE.UU. los constructores de la Nación creyeron prácticamente lo opuesto: la moral y el conjunto adecuado de valores debían ser puestos en primer lugar, el progreso material llegaría después. La mayoría de los constructores de la Nación latinoamericanos veían a los prósperos EE.UU. y Europa y suponían que el secreto del éxito estaba en el avance material; la cultura era un ingrediente importante en la ecuación, pero se creía que la cultura podía ser fijada mediante políticas estatales y la inmigración «correcta». El avance material contribuiría a cambiar la cultura hacia valores más modernos y empresariales. A este punto de vista no se adscribía ninguna creencia religiosa o escatológica.

En contraste, el progreso moral en EE.UU. encuadró desde un inicio las mentes de los constructores de la Nación. Los esfuerzos para la definición de una «Nación americana» comenzaron antes e incorporaron creencias religiosas que pertenecían a una tradición muy distinta y más cercana a la Reforma²³. Las nociones de predeterminación y «fin de la historia» formaban parte de este imaginario y fueron absorbidas en el imaginario nacional norteamericano. Desde el punto de vista de la religión civil, muchos de aquellos que iniciaron el llamado «experimento americano» lo concibieron como una sociedad escatológica, en la frontera con una utopía hecha realidad²⁴. Bellah ha argumentado que:

Una crítica central de las premisas fundamentales de la sociedad y cultura americanas no sólo requeriría una crítica de(l)... individualismo y su extraña complementariedad con la confusión de Dios y la Nación, pero una crítica de la misma Reforma Protestante... en sus formas americanas más influyentes. Dicha crítica mostraría que Estados Unidos no es la Ciudad de Dios que proclama ser... El gran error protestante –en el cual los católicos también han incurrido– fue confundir religión y Nación e imaginar que América se había convertido en una escatología desarrollada. Nuestra participación en las grandes guerras del siglo veinte sólo confirmó el sentido de nosotros mismos como más allá de la

23. Se puede argumentar que para la época de Alexander Hamilton y, en 1801, cuando Thomas Jefferson asumió la Presidencia de EE.UU., dicho país aún no era una Nación-Estado. Era más una «Nación» que un Estado. Fue después de esa época que el Estado se expandió y el gobierno federal habló de la Nación como apertura y oportunidad. Sin embargo, las tempranas nociones religiosas utópicas nunca dejaron de existir en el imaginario popular y en las mentes de la mayoría de los constructores del Estado.

24. Ver entre otros a R. BELLAH (1967: 97-118).

historia, los escogidos en el mundo para defender a los hijos de la luz contra los hijos de la oscuridad (Bellah, 2002: 266).

Durante siglos, los americanos se creyeron especiales y diferentes, escogidos por Dios para jugar un papel redentor y único en el mundo²⁵. De ahí que la construcción de la Nación se combinara con la escatología para producir una mezcla diferenciada, incluyendo una fe fuerte en una posible ruptura y la cuenta regresiva para el regreso de Cristo a la tierra prometida²⁶.

Estas diferencias entre las Américas son hoy en día aparentes en la fuerte afiliación que aún existe en EE.UU. entre la religión y la política; una conexión que permanece mucho más débil en el resto de América²⁷. En la sociedad colonial latinoamericana, estos vínculos ya se habían debilitado. En el periodo de la posindependencia –y mientras los liberales ganaban victorias importantes a lo largo del continente– la Iglesia Católica quedó cada vez más aislada del gobierno. Si bien permaneció fuerte en México, Colombia y Perú, no influyó directamente a la conceptualización de la Nación. Dicha conceptualización en América Latina permaneció como un producto secular, mientras que no fue así en EE.UU. En América Latina, los imaginarios poscoloniales de la modernidad no se tradujeron en la creencia de que los latinoamericanos eran especiales y bendecidos por Dios. De hecho, el discurso público a menudo señalaba la necesidad imperiosa de «mejorar» y «civilizar» a las gentes de América Latina, en lugar de considerarlos los hijos elegidos de Dios. No se encuentra un discurso que uniera la Nación con Dios y una misión.

Por supuesto que se pueden cuestionar los estándares de modernidad del siglo XVIII y los cánones del XIX. Para la filosofía continental y las teorías del desarrollo, la secularización –en lugar de la religión– siempre está más cercana a la modernización. Desde esta perspectiva, se puede realizar el argumento de que, en lo que respecta a sus puntos de vista seculares sobre la Nación y el progreso, la región –pese a su subdesarrollo y ausencia de industrialización– estaba más cercana a la «modernidad». Los teóricos de la modernización de la década de 1960, con su énfasis en la secularización y su diferenciación entre la sociedad «tradicional» y la «moderna», quizás podrían –para su sorpresa– tener que aceptar que, comparada con EE.UU., América Latina se vio más «moderna», en razón de su secularización radical e ideas de futuros abiertos. Al mismo tiempo, desde la visión de la religión protestante y de los padres fundadores de EE.UU., la modernización y el progreso no tenían necesariamente que ver con la secularización. Tenían que ver con la moral y los valores. Desde este punto de vista, la secularización no es sólo una señal de la modernidad, sino que ésta y el progreso se pueden alcanzar utilizando como sus bases a una teología que realce la virtud y la moral. Éste es un camino distinto hacia la modernidad. América Latina se asemeja más a Europa en que enfatizó la secularización y se acerca a EE.UU. en que destacó al futuro de la Nación como una de las bases de la identidad nacional.

25. Para una discusión clara y precisa sobre el tema, ver K. PHILLIPS (2006: 125-170).

26. En este sentido, ver P. ROBERTSON (1986: 92-93).

27. Nuevamente ver P. ROBERTSON (1986: 99-170 y 219-269).

Un «futuro» definido en términos de las posibilidades abiertas está contenido en el proceso estadounidense de construcción de la Nación, pero su unión con un sentido de misión y predeterminación dejó poco campo para la incertidumbre. En ese aspecto, EE.UU. conectó con una tradición europea que data de la Edad Media. Al término de ésta, el mundo de certidumbre y creencia común en la escatología cristiana llegó a su fin. La modernidad, entre otras cosas, introdujo fuertes dosis de incertidumbre sobre la salvación individual, el significado de la vida después de la muerte, el propósito de los humanos en la tierra y del futuro en general. En EE.UU. este significado estuvo parcialmente perdido. Fue mayoritariamente sustituido por la idea de un nuevo comienzo. En América Latina, esta incertidumbre formó parte del imaginario popular de la Nación y permaneció adherida a la imaginación de su futuro. Muchos Estados latinoamericanos compartían un sentimiento muy leve de sentido manifiesto, sobre todo relacionado con su fe inquebrantable en sus recursos naturales. Pero esto no es comparable con el fuerte sentimiento de excepcionalidad y misión que se puede encontrar en EE.UU.

Las dos Américas también mostraron distintos grados de apertura en relación con la importación de ideas foráneas a su conceptualización de «la Nación». A menudo se ha señalado que una parte «esencial» de la identidad nacional estadounidense «está basada en la diferencia, en una tendencia a definir América como diferente de, incluso separada de, todo lo que es extranjero» (Bender, 2006: 45). El republicanismo y el protestantismo eran vistos como los mejores rasgos de su particularidad. Un rechazo a «todo lo que es foráneo» formó una parte de la advertencia de Washington sobre «alianzas enredadas» con poderes extranjeros que pudiesen poner en peligro, entre otras cosas, el nuevo destino y misión de la República.

En la América Latina poscolonial, los constructores del Estado y los intelectuales también intentaron proteger al país de influencias extranjeras. La reproducción e imitación de modos, ideas y culturas foráneas formaba parte de tales influencias. Esto –entendido como un síntoma de dependencia y subordinación, o como un producto de imperialismo cultural– también puede ser interpretado como una señal de apertura y modernidad cosmopolita. Por ejemplo, aun cuando enfatizaban su «argentinidad», el discurso de construcción de Nación y nacionalismo en Argentina permaneció extremadamente consentidor de formas y culturas foráneas. Lo mismo puede decirse de Uruguay, Chile, Venezuela y Colombia. En Brasil –que no experimentó una lucha por la independencia y la obtuvo bajo la vigilancia de un príncipe de sangre real– la búsqueda por una identidad significó un viraje hacia Europa, que no era necesariamente Portugal. Los intelectuales brasileños del siglo XIX miraron hacia Francia para tener una guía filosófica y hacia Inglaterra para buscar modelos de gobierno parlamentario. Se esperaba que Alemania contribuyera con la metafísica y la tecnología. Por tanto, la importación no sólo marcaba dependencia, sino que también podía hablar de apertura y modernidad.

Otra diferencia que vale la pena anotar en el imaginario de la Nación y su construcción tiene que ver con el rechazo –en la mayoría de América Latina– de pensar en España como un modelo posible. Como ya se señaló, España era a menudo descrita –algo injustamente– como retrasada y tiránica. En la República norteamericana no se encuentra

tal rechazo al excolonizador, lo cual contribuyó a formar distintos imaginarios de la Nación. En este aspecto, América Latina estuvo más distante de su maestro colonial que EE.UU. La construcción poscolonial de la Nación significó la búsqueda de paradigmas y la incorporación de tendencias globales que, percibidas como antiespañolas y por tanto modernas, eran incorporadas en la conceptualización de la Nación. En contraste, la primera República no rechazó su ascendencia británica en búsqueda de otros modelos mejores y más actualizados. La ley Tudor y la influencia institucional británica permanecieron fuertes y aceptadas, así como los avances tecnológicos británicos y la cultura comercial.

Otra manera de distinguir a América Latina de EE.UU. fue que, en la primera, el Estado y la Nación fueron contruidos al mismo tiempo. En cambio, de EE.UU. se ha argumentado la idea de la existencia de una «Nación americana» que precedió a la construcción del Estado Federal²⁸. La independencia latinoamericana fue, por supuesto, un evento político y no puede ser equiparada con la conciencia nacional. Eso llevó más tiempo. Sin embargo, en comparación con EE.UU., se puede notar que la noción de «Nación» –a diferencia de EE.UU.– no precedió a la construcción del Estado. Este último llegó primero y la Nación después. En EE.UU., el proceso fue prácticamente lo opuesto. En Europa, las identidades nacionales históricas –como en Alemania bajo Bismarck– eran suficientemente fuertes para finalmente construir Estados propios.

México ha provocado uno de los debates más ricos sobre el *timing* de la construcción de la Nación en relación con el Estado. Algunos han argumentado que en la independencia sólo las élites hablaban de «la Nación» mientras que los sectores populares poco sabían sobre su significado o existencia²⁹. Otros, tales como Florescano, sugirieron que la independencia brindó la oportunidad para el desdoblamiento de la idea de la «Nación»; ya había existido en el periodo colonial, pero sólo en un Estado embrionario. Por su parte, Lorenzo Meyer ha afirmado que hasta la década de 1870 no había en México ni Estado ni Nación. Esto va paralelo con argumentos similares hechos sobre Argentina, Uruguay, Colombia, Perú y Bolivia. Alan Knight ha distinguido entre el nacionalismo cultural, por un lado, y la construcción de la Nación, por el otro; un argumento que, en palabras distintas, también se ha hecho sobre Argentina y Uruguay. Timothy Anna ha capturado perfectamente este debate en México³⁰. Lo que se considera significativo es que se pueden encontrar debates similares en relación con la conexión entre la Nación y el Estado en otras partes de la región. Estos debates nunca adquirieron tal relevancia en EE.UU. o en Europa. Eso supone un diferente tipo de modernidad en América Latina, debido a un *timing* distinto en la formación del «Estado» y la «Nación».

En síntesis, el Estado-Nación latinoamericano fue construido sobre la noción moderna de que un futuro abierto y a veces incierto es parte de la definición de la Nación. También fue construido sobre la noción de que existía un *cleavage* clerical/secular. Esto,

28. Ver este argumento en L. GREENFELD (1992).

29. En este sentido, ver M. SZUCHMAN (1989).

30. Ver T. ANNA (1989: 5-25).

también un rasgo definitorio del *nation building* europeo, no fue un tema en EE.UU. La comparación entre América Latina y EE.UU. señala la importancia de cómo el futuro de la Nación es concebido. Dependiendo de cómo se conceptualice el futuro de la Nación, entonces habrá diferentes concepciones de modernidad. El futuro de la Nación puede referirse al destino, la predeterminación o a una misión religiosa, tal como se dio mayoritariamente en EE.UU. También puede incluir prospectos opacos, condenando a la Nación desde sus inicios, como se sabe de la Grecia antigua. Asimismo puede basarse en cualidades «especiales» de sus personas y su potencial, como se ha dicho de Inglaterra o Francia y, como se ha visto, también de EE.UU.³¹. América Latina favoreció el significado de la palabra futuro como «resultado con final abierto», en lugar de la noción de destino.

Para los latinoamericanos, «destino» sonaba: 1) muy religioso para las nuevas Repúblicas que habían nacido devastadas entre luchas religiosas y seculares; 2) muy español; 3) muy conectado con un pasado que las élites querían redefinir y 4) muy exigente. Los destinos son muy precisos cuando describen resultados y usualmente se construyen sobre tradiciones conocidas. Las élites encontraron estas tradiciones muy controvertidas para ser definidas. Adicionalmente, se dieron cuenta de que cuando las cosas iban mal cierta cuota de incertidumbre les permitiría responsabilizar a los mercados globales, a los superpoderes o al sistema internacional. Esta tendencia a culpar a las fuerzas foráneas se convirtió, desde muy temprano, en parte del imaginario de la Nación y su futuro.

VI. CONCLUSIONES Y CORRECTIVOS PARA FUTURAS INVESTIGACIONES

Las comparaciones esquemáticas que aquí se han hecho sugieren que América Latina tiene mucho que contribuir a la modernidad. Sin embargo, ésta no es la imagen usual que se tiene en mente cuando se piensa en la región. Desde mediados del siglo XIX, una representación negativa se ha instalado tanto en el imaginario europeo como en el latinoamericano. Estas imágenes, si bien basadas en algunos hechos, han colocado a América Latina lejos de la modernidad. Cuando se mira hacia el periodo de construcción de la Nación y del Estado, se encuentra que –comprensiblemente– la inseguridad y la guerra eran las preocupaciones principales. Los contemporáneos constantemente se quejan sobre la inseguridad y la violación de los derechos de propiedad. Por ejemplo, en México se argumentó que:

Esta pestilencia de los ladrones que infesta a la República nunca ha podido ser extirpada... con el pretexto de expulsar a los españoles esas partidas armadas invaden los caminos entre Veracruz y la capital... arruinando el comercio y haciendo caso omiso de la opinión pública y la ley de 1824... (Carta de 1841 de la Marquesa de Calderón de la Barca, citada en Romero, 1999: 215).

31. Sobre Inglaterra, ver P. MANDLER (2006).

Si bien el bandolerismo en México se ha considerado el más extendido y fuerte, en el resto de la región, los campesinos pobres y sin tierra también hicieron su camino hacia la delincuencia para escapar de la autoridad y de la explotación previa. Este proceso se prolongó hasta los inicios del siglo XX. Como se ha documentado, delincuentes hábiles en Colombia se convirtieron en una parte integral del paisaje político³².

En 1865, y en el extremo sur del continente, el cónsul español de Montevideo también reportó que el caos y la inseguridad reinaban en el Río de la Plata y más allá: «Desde su fundación (argumentó el cónsul)... estos países han estado en guerra y han disfrutado sólo de una paz breve... (todo lo cual) provoca desconfianza y apatía en todas las clases sociales y estancamiento económico en todos los sectores económicos» (Archivo de la Dirección de Asuntos Políticos del Ministerio de Relaciones Exteriores de España, 1864: legajo 2706). El cónsul no estaba solo. Sin embargo, otros culparon del retraso de América Latina precisamente a la herencia del país que él representaba. Por ejemplo, mientras observaba a Paraguay a finales de la década de 1890, un reportero norteamericano concluyó que únicamente la influencia extranjera de otros países europeos –en lugar de España– podría hacer una diferencia.

Cualquier avance material que este país pueda hacer en el futuro, se deberá principalmente a los extranjeros que rápidamente lo están llenando. Los caballeros ubicuos del norte de Italia ya están presentes en grandes cantidades y los emprendedores alemanes están dando vida a los buenos pastos del Río Alpa... El paraguay es un ser indolente cuyas necesidades son simples y fácilmente abastecidas (Periódico *The New York Times*, 21 de julio de 1890: 2).

Sin embargo, la cultura española parecía ser aún más dañina que los valores y tradiciones indígenas. «El crimen es comparativamente poco común en Paraguay y la mayoría de los Guaraníes malos se encuentran en Argentina, con las características malvadas y composición del español del siglo XVI» (Periódico *The New York Times*, 21 de julio de 1890: 2).

Las burocracias públicas sobrepobladas eran, para muchos observadores, otro problema endémico de las nuevas Repúblicas. En 1891, observando a Argentina en plena bonanza económica, un periodista británico reflexionó sobre las consecuencias negativas de tener un sector público muy grande:

...es interesante observar el número de empleados vinculados al Gobierno Nacional... los salarios constituyen el 30% de los ingresos nacionales... es evidente que las provincias, con la excepción de Entre Ríos, no pueden aspirar a dar cara a sus responsabilidades bajo el sistema administrativo actual... en Buenos Aires... los ingresos en 1882 eran de \$12.805.336... de los cuales un 49% se destinaba al pago de salarios (Periódico *The Times*, 26 de julio de 1891: 1).

32. Bandidos, gamonales y campesinos.

Lo que estas imágenes muchas veces escondían es que la modernidad no es sólo sobre el orden, sino que la mayoría del tiempo trata sobre el caos, la guerra, el conflicto, las políticas inestables y la ausencia de leyes. Si bien estos reclamos y afirmaciones eran ciertos, escondían la novedad institucional y cultural de las nuevas sociedades. La falta de información, la fuerte influencia de la literatura angloamericana y la frustración de los intelectuales latinoamericanos, unido con el retraso de sus países, ha empañado aún más a este retrato. La literatura no ha sido capaz de ir más allá de este tipo de testimonios a una investigación seria sobre si estos eventos pueden o no suponer un empujón hacia la modernidad. Uno no elimina al otro.

También hay una noción fuertemente enraizada de que la era colonial condicionó negativamente la capacidad de la región de alcanzar altos niveles de desarrollo y justicia social. Por tanto, el área no podía ser del todo moderna si otros aspectos del proceso eran desatendidos. En su libro *Local Histories, Global Designs*, Walter Mignolo (2000) ha argumentado que la razón más importante para este descuido ha sido la negligencia de la literatura histórica anglo-francesa. Aquí se añade que las teorías de la modernización, del sistema-mundo, de la dependencia y de las relaciones internacionales también han hecho una contribución gigante en esta dirección. Hasta el día de hoy, el récord de la región en términos de algunos de estos indicadores continúa siendo desalentador. Sin embargo, nuevamente, no se pueden confundir estos indicadores con el que América Latina pueda o no crear una modernidad propia. Como se ha indicado, durante la «primera ola de la globalización», alrededor de las décadas de 1870-1920 –y una época crucial en la proliferación global de la modernización y el liberalismo–, se puede decir que algunas regiones de América Latina representaron la modernidad de vanguardia.

El discutir la modernidad en América Latina no significa que se deba adoptar una perspectiva eurocéntrica o norteamericana³³. Aquí se han intentado mostrar los matices y características de la modernidad en un contexto poscolonial, con la esperanza de contribuir al entendimiento de la modernidad en general. Ésta en el complejo contexto poscolonial de América Latina fue, de alguna manera, más abierta a la influencia extranjera, más ambiciosa en su ingeniería social y, en muchos sentidos, más radical en la adopción de modelos institucionales liberales y republicanos. No fue una mera reacción, imitación o reflejo de desarrollo en Europa o EE.UU. Si bien su inspiración a veces venía de ahí, la manera en que el Estado, las élites y el estrato más bajo de la población implementaron su modernidad permanece siendo una contribución propia. Política e institucionalmente se puede señalar que la modernidad fue perseguida más rápida y radicalmente que en Europa.

La modernidad en América Latina, especialmente en su conceptualización de una comunidad nacional, fue más secular que en EE.UU. y basada fuertemente en la idea moderna del siglo XIX de que el desarrollo material básicamente determinaba todo lo demás. Esta convicción también estaba presente en EE.UU. pero conectaba con el imaginario

33. Algunos sí lo han hecho. Pese a las limitaciones de los puntos de vista eurocéntricos, esta literatura ha realizado una contribución sólida. Ver, por ejemplo, F. XAVIER GUERRA (1992).

del fin de la historia y de la misión religiosa. Finalmente, los Estados en América Latina creyeron –como lo crearán otros gobiernos y movimientos modernos, socialistas y marxistas en el siglo XXI– que la ingeniería social era posible y que el gobierno podía moldear el tipo deseado de sociedad desde cero.

VII. BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Benedict R. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1983.
- ANDERSON, Benedict. *Under Three Flags: Anarchism and Anti-Colonial Imagination*. London: Verso, 2005.
- ANNA, Timothy. *Forging Mexico: 1821-1835*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1989.
- BALZAC, Honoré de. *Cousin Bette*. London: Penguin Books, 1965.
- BECKER, Jared. *Nationalism and Culture: Gabriele D'Annunzio and Italy after the Resurgimento*. New York: Peter Lange, 1994.
- BELLAH, Robert. Civil Religion in America. *Daedalus*, 1967, vol. 96, n.º 1: 1-21.
- BELLAH, Robert. Meaning and Modernity: America in the World. En MADSEN, Richard; SULLIVAN, William; SWIDLER, Ann y TIPTON, Steven M. (eds.). *Meaning and Modernity: Religion, Polity, and Self*. Berkeley: University of California Press, 2002.
- BENDER, Thomas. The American Way of Empire. *World Policy Journal*, 2006, vol. XXIII, n.º 1: 45-61.
- BERTONI, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- CARDOSO, Fernando Henrique y FALETTO, Enzo. *Dependency and Development in Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1979.
- CENTENO, Miguel Á. *Blood and Debt. War and the Nation-State in Latin America*. Philadelphia: Penn University Press, 2002.
- DAHBOUR, Omar e ISHAY, Micheline. *The Nationalism Reader*. New Jersey: Humanities Press, 1995.
- GUERRA, François Xavier. *Modernidad e Independencias: ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Editorial MAPFRE, 1992.
- GREENFELD, Liah. *Nationalism: Five Roads to Modernity*. Cambridge: Harvard University Press, 1992.
- HOBSBAWM, Eric. Inventing Tradition. En HOBSBAWM, Eric y RANGER, Terence. *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983, pp. 1-14.
- HOBSBAWM, Eric. *The Age of Empire, 1875-1914*. New York: Vintage Books, 1989.
- HOBSBAWM, Eric. *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- HUNTINGTON, Samuel. *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press, 1968.
- KOHN, Hans. The Nature of Nationalism. *The American Political Science Review*, 1939, vol. 33, n.º 6: 1001-1021.
- LANDES, David S. *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*. New York: W.W. Norton and Company, 1999.
- LOMNITZ, Claudio. Nationalism as a Practical System: Benedict Anderson's Theory of Nationalism from the Vantage Point of Spanish America. En CENTENO, Miguel Ángel y LÓPEZ-ALVES, Fernando (eds.). *The Other Mirror: Grand Theory Through The Lens of Latin America*. Princeton: Princeton University Press, 2001, pp. 329-359.

- LÓPEZ-ALVES, Fernando. *State Formation and Democracy in Latin America*. North Carolina: Duke University Press, 2000.
- LÓPEZ-ALVES, Fernando y JOHNSON, Diane (eds.). *Globalization and Uncertainty in Latin America*. London: Palgrave MacMillan, 2007.
- LUCKACS, John. *Democracy and Populism: Fear and Hatred*. New Haven: Yale University Press, 2005.
- MALLON, Florencia. Decoding the Parchments of the Latin American Nation State: Peru, Mexico, and Chile in Comparative Perspective. En DUNKERLEY, James. *Studies in the Formation of the Nation State in Latin America*. London: Institute of Latin American Studies, University of London, 2002, pp. 13-54.
- MANDLER, Peter. *The English National Character: The History of an Idea from Edmond Burke to Tony Blair*. New Haven: Yale University Press, 2006.
- MARIÁTEGUI, José Carlos. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Editorial Amauta, 1952.
- MIGNOLO, Walter D. *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES DE ESPAÑA. *Archivo de Asuntos Políticos de Uruguay, 1845-1853*. N.º 204. *Legajo 2705*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1867.
- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE ESPAÑA. *Archivo de Asuntos Políticos de Uruguay, 1854-1865*. *Carta de la delegación española en Argentina al Consulado español en Lisboa. Legajo 2706, Dirección de Asuntos Políticos*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1867.
- MOSSE, George. *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*. New York: Howard Fertig, 1975.
- ORTEGA Y GASSET, José. *The Revolt of the Masses*. New York: Norton & Company, 1932.
- PEÑA, Milcíades. *Antes de Mayo*. Buenos Aires: Ediciones Fichas, 1970.
- Periódico *El Día*. Montevideo, febrero y abril, 1880.
- Periódico *La Nación*. Buenos Aires, 12 de diciembre, 1879.
- Periódico *La Prensa*. Buenos Aires, 5 de marzo, 1880.
- Periódico *The New York Times*. New York, 21 de julio, 1890.
- Periódico *The Times*. London, 26 de julio, 1891.
- PHILLIPS, Kevin. *American Theocracy: The Peril and Politics of Radical Religion, Oil, and Borrowed Money in the 21st Century*. New York: Viking Press, 2006.
- POLLARD, Sydney. *The Idea of Progress: History and Society*. London: CA Watts, 1968.
- PUIGGROS, Rodolfo. *De la Colonia a la Revolución*. Buenos Aires: Partenón, 1949.
- RENAN, Ernest. What is a Nation? En ELEY, Geoff y GRIGOR SUNY, Ronald (eds.). *Becoming National*. New York: Oxford University Press, 1996, pp. 41-55.
- ROBERTSON, Pat. *America's Dates with Destiny*. Nashville, Tennessee: Thomas Nelson Publishers, 1986.
- ROMERO, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Antioquia: Editorial Universidad de Antioquia, 1999.
- ROMERO, José Luis. *Situaciones e ideologías en América Latina*. Antioquia: Editorial Universidad de Antioquia, 2001.
- SCOTT, James C. *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven: Yale University Press, 1998.
- SEN, Amartya. How to Judge Globalism. *The American Prospect*, 2002, vol. 13, n.º 1. Texto disponible en línea en la dirección http://www.prospect.org/cs/articles?article=how_to_judge_globalism.

- TAMIR, Yael. *Liberal Nationalism*. Princeton: Princeton University Press, 1993.
- TAMIR, Yael. The Enigma of Nationalism. *World Politics*, 1995, vol. 47, n.º 3: 418-440.
- THOMAS, Hugh. *Rivers of Gold: The Rise of Spanish Empire, from Columbus to Magellan*. New York: Random House, 2004.
- TORRE VILLAR, Ernesto de la. *La independencia mexicana (Volúmenes 1, 2 y 3)*. México D.F.: FCE, 1982.
- VAN YOUNG, Eric. The Raw and the Cooked: Elite and Popular Ideology in Mexico, 1800-1821. En SZUCHMAN, Mark (ed.). *The Middle Period in Latin America: Values and Attitudes in the Seventeenth-Nineteenth Centuries*. Boulder: Lynne Rienner, 1989, pp. 75-102.
- VILLORO, Luis. *El proceso ideológico de la revolución de independencia*. México D.F.: UNAM, 1983.